

dantes generales de Méjico y Puebla habian recibido órdenes terminantes para que observasen con gran cuidado los movimientos de los sublevados, y reforzasen los pueblos que colindaban con el Estado de Guerrero.

1854. Queriendo el general Santa-Anna alcanzar la gloria de poner término á la revolucion, dirigiendo por sí mismo la campaña, dispuso una division de cinco mil hombres, y á las cuatro de la tarde del dia 16, veintidos cañonazos anunciaban su salida hácia el Sur, al frente de sus tropas. Aquella noche durmió en la hacienda de San Gabriel, situada ya en la Tierra-caliente; y el dia 17, á las seis de la tarde, llegó á Cuernavaca que se halla á 17 leguas de Méjico. Su marcha desde su salida de la capital habia sido una no interrumpida ovacion, pues no habia aldea ni pueblo que no saliese á victorearle en medio de las músicas y de los cohetes. Al acercarse á Cuernavaca, las calles estaban literalmente apretadas de gente, y con arcos de triunfo; los balcones de los edificios adornados de vistosas colgaduras, y por donde quiera se veian gallardetes y enramadas dispuestos para adornar la carrera de su tránsito. Antes de llegar á la ciudad, en un punto avanzado, le esperaba una comitiva y un gran número de pueblo; y desde allí, en medio de un gentío inmenso, rodeado de su estado mayor, y precedido de un lucido cortejo con tres bandas de música militares, llegó á las puertas de la ciudad, donde fué recibido bajo de mazas por el ayuntamiento, las autoridades civiles y militares, varios particulares acomodados y distinguidos de la ciudad y de las cercanías. Un gran número de gente del pueblo rodeó el coche, y quitando los caballos, arrastró el

carruaje hasta la casa que le estaba destinada para alojamiento. En la hacienda de Temisco fué obsequiado con un magnífico banquete, por el propietario de ella Don Felipe Neri del Barrio, ministro de Guatemala; y en la de San Gabriel recibió iguales demostraciones de aprecio. Su llegada á Iguala se celebró con mayores muestras de regocijo que en Cuernavaca; sin presenciar en todo el camino que habia cruzado, mas que demostraciones de placer y de regocijo, ni mas obstáculo que el ligero que le opuso el guerrillero D. Faustino Villalva, que se habia situado en las márgenes del rio Mescala. Vencido fácilmente este tropiezo, continuó su marcha á Chilpancingo obsequiado por las autoridades del tránsito como lo habia sido hasta allí. Pero donde se dispuso un recibimiento verdaderamente régio fué en Chilpancingo, capital, como he dicho, del departamento de Guerrero, punto á donde llegó el 29 de Marzo, y en que alcanzó los honores y los festejos que la aduacion sabe proporcionar á los poderosos y magnates.

La obcecacion ó el espíritu de partido que ofuscan los entendimientos mas claros, dió lugar á que, á un acontecimiento vulgar acaecido al llegar Santa-Anna á Chilpancingo en medio de los mas pronunciados festejos, se le diera un colorido maravilloso y una importancia casi milagrosa. El hecho, por curioso, y porque revela en sí la especie de culto que los adictos al hombre que estaba en el poder tributaban á éste, merece ser conocido de la manera que lo publicaron los periódicos, insertando en sus columnas las relaciones que del acontecimiento les enviaron de la misma ciudad de Chilpancingo. «Pero lo que llamó la atencion de los circunstantes,» decia una corres-

pondencia del 31 de Marzo, «y es objeto aun en estos momentos de las conversaciones de toda la poblacion, fué un incidente sumamente notable. Queremos hablar de la aparicion de una águila real de extraordinarias dimensiones que, en los momentos en que S. A. S. el general presidente verificaba su entrada en la garita de esta ciudad, llegó á colocarse entre las filas de la tropa que formaba la extensa valla, y como si estuviese domesticada, no se asustó de todo aquel ruido, y antes por el contrario, se dejó coger por un cabo del 2.º batallon activo de Puebla llamado Benito Ricardo Rodriguez, que se apoderó de ella, y pidió á uno de sus jefes, (el comandante Don Luis G. So-moza) el permiso para presentarla él mismo al Sr. general presidente, como lo hizo, dándole en el acto S. A. S. una gratificacion. Acontecimiento ha sido este verdaderamente admirable, y al cual se ha dado diversas aplicaciones, interpretándose como un augurio á que cada uno ha dado diversa interpretacion. Unas personas recordaban la antigua tradicion del águila mejicana, que esplayando su majestuoso vuelo, traspasó el extenso lago de la hermosa Tenoxtitlan para irse á reposar en un nopal donde se fundó la capital de los antiguos aztecas. Otros hacian recaer una diversa similitud alegórica sobre semejante accidente. Esa reina de las aves, decian, es el águila del Sur que viene á prosternarse ante el hombre de Méjico, *el Héroe del Pánuco* que ha venido á ser el *Libertador del Sur*. Otras, en fin, se perdian en conjeturas y predicciones que seria sumamente extenso referir aquí. Admirable fué ciertamente la aparicion de esta águila, que venia desde lo alto en la misma direccion que traia S. A., á manera de un precursor, á pararse en medio de las tropas.»

1854. Esta y otras muchas correspondencias recibidas de Chilpancingo y publicadas en los periódicos ministeriales y adictos á Santa-Anna, dieron á aquel suceso una importancia que solo en el delirio de las pasiones políticas de que estaban dominados los que las escribian, podian concederle, por mucho que esos comentarios estuviesen en pugna con la razon, el sano criterio y aun con el sentido comun. ¡Los hombres de mas claro talento se vuelven niños crédulos cuando la preocupacion de una idea les vela los ojos del entendimiento!

El afan de la prensa adicta á la persona del general Santa-Anna, no satisfecho con todas las demostraciones de aprecio que las autoridades le hacian por los pueblos por donde pasaba, propuso un medio de eternizar la memoria del supremo gobernante, á quien consideraba como el único digno de regir los destinos de la nacion mejicana. «El Lábaro,» periódico que se publicaba en Querétaro, admitiendo la idea de otro intitulado «El Tabasqueño,» y de «El Registro oficial» de Durango, proponia que, en lo sucesivo, en la moneda mejicana, se presentase el busto de Santa-Anna, en vez del gorro de la libertad. «A las grandes pruebas de confianza,» decia, «que la república ha dado, de la que tiene en el héroe ilustre de Tampico y Veracruz, debiérase añadir esta que seria un tributo público, por el cual la grata memoria de S. A. y de sus nobles y beneméritos hechos, se transmitiese á la posteridad.» Todo era lisonjas y alabanzas de parte de la prensa ministerial y de las autoridades hácia Santa-Anna. Se pintaba á la revolucion sin prestigio y sin fuerza, y á los revolucionarios como á aliados del conde Raousset de Boulbon que

trataba de formar una nueva república con la reunion de varios Estados. El *Diario oficial* del 26 de Marzo, con el objeto de hacer odioso el movimiento del Sur, decia que «el pronunciamiento de aquel Estado no era una simple resistencia al gobierno, sino una negra traicion, como era la de buscar apoyo en Raousset y sus aventureros, cuyo auxilio habian pedido, dándoles en cambio tierras.» Esta acusacion que, como he dicho, es falsa, y lanzada únicamente como arma terrible de partido para desconceptuar la sublevacion, habia sido ya desmentida por el mismo D. Juan Alvarez en una proclama que dió el dia 15 á sus soldados en el Peregrino. «La prensa ministerial,» decia, «para desconceptuarnos, nos denomina villana y torpemente ante el mundo como traidores, asegurando que en nuestras filas se hallan los filibusteros que invadieron últimamente la Baja California, y que estamos en connivencia con el conde Raousset, á quien hemos abierto la entrada por el puerto de Acapulco... ¡Soldados! ved ahí al general Santa-Anna; esa es su vieja táctica en la guerra civil que siempre ha fomentado.»

Cumpliendo los jefes que Santa-Anna tenia situados en distintos puntos, con las órdenes de perseguir sin descanso á los partidarios de la revolucion, uno de ellos, acompañado de una corta fuerza, hizo prisionero, en el punto de Yestla, al coronel D. José María Torres, que se hallaba entre las fuerzas sublevadas. Al tener noticia D. Juan Alvarez de esta captura, dirigió una nota al comandante general D. Angel Perez Palacios en que decia á éste con
1854. fecha 21 de Marzo, desde Dos Caminos. «Al teniente coronel D. José María Torres se le ha asaltado

traidoramente en el punto de Yestla, y llevado ante V. S. Se me asegura que se encuentra en peligro su existencia. Esto me obliga á decir á V. S. que, si contra dicho jefe se cometiere un hecho sanguinario, á V. S. hago responsable con su propia vida, y haré además que en mi campo, sufran la misma pena el coronel Zambonino, el primer teniente de la armada Holzinger y demás oficiales á quienes tengo presos. Si acatando los derechos de la guerra, V. S. quiere que se haga un cange, daré dos de mis prisioneros por el citado señor Torres.» El comandante general D. Angel Perez Palacios, comunicó al gobierno lo que pasaba, pidiendo instrucciones sobre lo que debia hacer; y la contestacion del ministro de la guerra fué: que aunque al presidente le era sensible verter la sangre de los que habian tomado las armas para trastornar el orden público, estaba persuadido de que el objeto de que fuesen ejemplarmente castigados los autores ó cabecillas de la rebellion, era evitar que cayesen en ridiculo las leyes que les condenaban, y contener por aquel medio los excesos á que arrastra el aspirantismo. «En conclusion, S. A. quiere que las leyes tengan su debido cumplimiento á cualquier costa: que V. E. haga saber al cabecilla D. Juan Alvarez, que no tiene que dirigirse á V. E. ni á ningun jefe militar de los leales y fieles de la república, sino es en el caso de que solicite la gracia del supremo gobierno, acogiéndose á su generosidad, y protestando sinceramente su arrepentimiento.»

La prensa adicta al gobierno, aunque lamentando la suerte que les esperaba á Zambonino y Holzinger, aplaudió la energía de Santa-Anna, de no pararse ante ame-

nazas de ningun género; y el *Diario Oficial*, decia con el título de «Raras pretensiones,» que la amenaza hecha por Alvarez era ridícula: que Don José María Torres fué hecho prisionero con las armas en la mano, como jefe de la rebelion, y que Zambonino y Holzinger eran simplemente empleados puestos por el gobierno en Acaapulco, cuando D. Juan Alvarez fungia de gobernador en el departamento de Guerrero; que no tenian mas culpa que la de no haber faltado á sus deberes, y que fueron aprehendidos por Alvarez en medio de la paz de que gozaba toda la república. Todo esto seria muy razonado; pero no por eso salvaba el terrible peligro en que se hallaba la vida de los dos individuos amenazados por Alvarez. Quanto mas leales hubiesen sido al gobierno y menos motivo existiese para fusilarles, mayor debia ser el empeño del gobierno por salvarles; pero este juzgaba que dar un paso atrás hubiera sido declararse débil en su política, y en consecuencia comunicó la orden de que se cumpliese la ley á todo trance. Por fortuna, una circunstancia detuvo el golpe que debia caer sobre las víctimas. Todo estaba dispuesto para que sufriese la pena de muerte el expresado coronel D. José María Torres, cuando solicitó hablar al general Blanco, hermano del ministro de la guerra. En la entrevista le reveló que era hijo natural de Don Agustín de Iturbide, que consumó la independencia de Méjico en 1821, y le pidió proveyese despues de su muerte á la subsistencia de su pobre madre. El general Blanco mandó que se suspendieran los preparativos de la ejecucion, con el objeto de salvarle, si con efecto era lo que decia, y habiendo resultado ser verdad lo que afirmaba, logró sal-

var la vida, y salvar asimismo la de Zambonino y la de Holzinger.

1854. Menos afortunado que Torres fué Don Gordiano Guzman. Este antiguo guerrillero de la primera época de la independencia, con objeto de que el fuego de la revolucion del departamento de Guerrero se extendiese al de Michoacan, levantó en el Potrero, cerca de Coahuayano, una fuerza como de trescientos hombres. A fin de apagar aquella chispa antes de que produjese un incendio, el gobierno dió orden para que se persiguiese sin descanso al nuevo sublevado; pero nada de esto fué necesario, pues el dia 23 de Marzo, hallándose con su gente en la hacienda de la Orilla, su misma fuerza se apoderó de él, y le condujo preso á Huetamo, donde se encontraba el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde, jefe de los mas leales á Santa-Anna. Gordiano Guzman fué fusilado el dia 12 de Abril despues de haberle juzgado conforme á la ley sobre sublevados. Mucho se afanaron por salvar la vida de Gordiano Guzman respetables sacerdotes de algun prestigio con el comandante general; pero la orden respecto de jefes sublevados era terminante, y nada alcanzaron. Las observaciones sobre cualquier decreto eran inútiles. Lo dispuesto por Santa-Anna, era lo único conveniente, al decir de sus adictos.

Nada se permitia escribir que inclinase á amenguar el alto concepto que los adictos á Santa-Anna querian que se tuviese de su prohombre. Respecto de la revolucion, nadie podia decir la menor palabra favorable á ella, ni dar la mas ligera noticia de los acontecimientos, si estos no eran en pro del gobierno. Ningun documento publi-

cado por los insurrectos era permitido tener ni leer. Sobre este punto, y con el epígrafe de «Amonestacion,» traia precisamente el *Diario oficial*, con fecha 31 de Marzo, un artículo en que decia, que las personas que tuviesen en su poder ejemplares del plan de Ayutla, y la proclama de Don Juan Alvarez, acudiesen á ponerlos en manos de las autoridades, pues «si alguien es cogido» añadia «con ese cuerpo de delito, sufrirá irremisiblemente la pena de los conspiradores.»

Transcurridos algunos dias en medio de las fiestas que le prepararon en Chilpancingo, Santa-Anna salió de esta ciudad el 8 de Abril con direccion á Acapulco, puerto del Pacífico, distante 110 leguas de la capital de Méjico, con una poblacion de tres mil almas. Sabedor de que en un punto llamado los Cajones, á dos jornadas de Chilpancingo, se hallaban algunas fuerzas de los sublevados, envió al general Don Miguel Blanco al frente de una columna para forzar el punto; pero no hallando mas que una débil oposicion, siguió Santa-Anna su marcha hasta el punto llamado Puerto del Coquillo, que era la primera posicion que los sublevados se habian propuesto defender para oponerse al paso de las tropas del gobierno. Con efecto, el dia 13 de Abril, la division de Santa-Anna se encontró con las tropas insurrectas que tenia situadas en el Coquillo el coronel Villareal, y ambos ejércitos se dispusieron para el combate. Los pronunciados ocupaban un punto fuerte, amparadas las defensas naturales por cinco fortines, con una fuerza de mas de mil hombres. Villareal que mandaba el punto, arengó á sus soldados. Santa-Anna y Don Miguel Blanco, ambos de acuerdo, dicta-

ron las disposiciones para el ataque. Este empezó con bastante vigor; y despues de algunas horas de combate, los fortines fueron tomados por las fuerzas del gobierno, y los pronunciados se vieron obligados á retirarse. En esta funcion de armas cayeron prisioneros dos oficiales de los insurrectos, Don José Miguel Indart y D. Nicanor Vargas, capitán éste de la plana mayor del batallon de Costa Chica, y capitán aquel de la primera compañía de San Márcos. En la noche del siguiente dia 14 hubo otro encuentro en Dos Arroyos, entre las tropas de Santa-Anna y las del Sur que se retiraban del Peregrino hácia Acapulco. Nada hasta entonces se oponia al avance del ejército dictador. Sin embargo, las tropas de Santa-Anna tenian un enemigo invisible que diezmaba sus filas sin estruendo y sin ostentacion. Este enemigo que se ha constituido por siempre en el mas invencible defensor de las montañas del Sur, era el clima mortífero que iba sembrando en las filas de los santanistas las enfermedades, las calenturas, la debilidad, la fatiga y la muerte. En aquellos abrasados caminos, calcinados por la fuerza poderosa de un sol quemante, sin arroyos donde apagar la sed, sin víveres con que alimentarse, el ejército de Santa-Anna llegó el 19 de Abril, á las once de la mañana, despues de una marcha penosísima, al frente de la plaza de Acapulco que la defendia D. Ignacio Comonfort.

1854. No habia descuidado éste ninguna de las cosas que pudieran contribuir á la defensa de la ciudad. Desde que Santa-Anna emprendió su marcha hácia el Sur, se dispuso él á resistirle, y mandó hacer algunas reparaciones en las obras de fortificacion que hacia tiempo se

hallaban en muy mal estado: declaró mas tarde, el 16 de Abril, la plaza en estado de sitio, reuniendo las facultades de las autoridades civiles en la autoridad militar; prohibió que á nadie se permitiese salir de la ciudad sin pasaporte; sometió á un consejo de guerra á los que auxiliaran al enemigo; y ofreció su proteccion á los agentes consulares de las naciones extranjeras, á quienes se dejaba en libertad para que fijasen su residencia donde juzgasen mas conveniente en aquellos instantes críticos. Todo esto era justo, y ninguno pudo censurar las expresadas disposiciones indispensables para la defensa de la plaza. Pero no alcanzó igual aprobacion otra medida que, aunque se quiera hallar disculpa á ella en las circunstancias, siempre es criticable porque lleva el sello de la arbitrariedad. La medida á que me refiero y que alcanzó censura, fué aquella por la cual declaró obligados á todos los varones desde diez y seis hasta cincuenta años, á tomar las armas ó á prestar cualquier otro servicio que se les exigiese. En las guerras sostenidas contra una potencia extranjera, justo es decretar que todos empuñen las armas para defender la patria, porque en esa lucha no hay diversidad de opiniones, sino que todos están dominados de una misma y santa idea; la de la independenciam de la nacion; pero en las contiendas civiles, donde las opiniones políticas están encontradas aun entre las mismas familias, obligar á los ciudadanos á que defiendan la causa que uno proclama, es atacar su conciencia, y precisarles á que sean traidores á sus principios que, sean cuales fueren, deben ser respetados.

1854. Santa-Anna, con su ejército bastante mer-

mado por las enfermedades producidas por aquel clima abrasador de la Tierra-caliente, se situó al Norte de Acapulco, por el rumbo de las Huertas, extendiendo su línea hasta un sitio denominado el Farellon. El ejército sitiador se componia de cinco mil hombres, fatigados y rendidos por una marcha de 110 leguas desde la capital de Méjico, por un país escabroso, malsano, y cuyo clima abrasador solo es soportable á los que en él han nacido. La guarnicion de Acapulco formaba un número de seiscientos hombres. Santa-Anna situó sus tropas fuera del alcance de la artillería del castillo de San Diego, y elevó, en los puntos mas avanzados, banderas blancas en señal de parlamento. Comonfort, comprendiendo que la manera de infundir valor en los suyos y desaliento en los contrarios era manifestarse altamente confiado en su poder, mandó hacer fuego sobre aquellas señales, que fueron quitadas por los sitiadores al ver que no eran admitidas. Llegada la noche, Santa-Anna dispuso todo lo necesario para dar un ataque repentino á la fortaleza; y á las tres de la mañana del 20, envió sobre la plaza una columna de 900 hombres, pertenecientes, en su mayor parte, á la brigada de Costa Chica. La columna avanzó con valor á dar el asalto; pero fué recibida con un fuego nutrido y mortífero por los sitiados que tenian establecidas tres líneas de defensa, y cubiertos con avanzadas todos los puntos por donde los sitiadores pudieran penetrar en la ciudad. Cuatro fortines, denominados Alvarez, Moreno, Comonfort y Solis, formaban la línea exterior, y se habia estado con gran vigilancia en ellos, temiendo un ataque. Despues de cuatro horas de fuego, los asaltantes se

vieron obligados á retirarse con pérdida de algunos muertos y prisioneros. Santa-Anna vió que Comonfort vigilaba de continuo, que era imposible sorprenderle, y que se necesitaba buscar un medio de hacerle desistir de aquella defensa. Comprendía que un sitio largo acabaría con la tropa sitiadora en un clima mortífero como era aquel, y que falto de víveres, incomunicado, como estaba, con el interior del país, y teniendo siempre á la vista las fuerzas del general Alvarez que se habian situado para observarle, en unas alturas de N. E. de Acapulco, su retirada, en caso de no tomar la plaza pronto, seria imposible. Resuelto, pues, á poner corto término á aquella situacion, envié de parlamentario, á las cuatro de la tarde del mismo dia 20, al general D. Manuel Céspedes, en compañía de Don José Gener, empleado de la casa de Escandón. Céspedes llevaba un oficio de Santa-Anna dirigido á Comonfort, donde se le intimaba la rendicion de la plaza en el término de doce horas, pues estaba resuelto, de lo contrario, á tomarla á viva fuerza. Don Ignacio Comonfort se negó á recibir la comunicacion del general sitiador; pero obsequiando el deseo del parlamentario que le instó en nombre de la patria á que lo leyese, accedió, y se impuso de su contenido. Céspedes se aventuró entonces á dirigirle algunas palabras de transaccion; pero Comonfort con afable sonrisa y fina cortesania, le suplicó que no continuase, añadiendo, que no estaba facultado para oír proposicion ninguna de arreglo sin previa autorizacion del general en jefe, que lo era D. Juan Alvarez: que por medio de un oficio impondria á éste de todo lo que Santa-Anna le decia en aquella comunicacion, y que segun su

1854

resolucion, se obraria: «Entre tanto,» añadió, «puede V. decir al general Santa-Anna que, por mi parte, las hostilidades quedan abiertas, y que él puede emprender su ataque sobre la fortaleza cuando guste, seguro de que los defensores de Acapulco sabrán morir combatiendo contra sus asaltantes.» A una resolucion tan decisiva, los comisionados no se atrevieron á contestar; pero deseando cumplir con las instrucciones que llevaban, hicieron recaer la conversacion sobre la falta de recursos en que se hallaba la revolucion; ponderaron los males que por ella sufría el país entero; manifestaron el ningun eco que la sublevacion habia encontrado en los demás departamentos; que fuera del departamento de Guerrero nadie pensaba sino en sostener al gobierno de Santa-Anna; que la defensa de Acapulco era una temeridad que no podia dar por resultado mas que la muerte de sus valientes defensores; terminando con decirle que la patria le deberia mucho si, merced á su abnegacion, se evitaba que corriese la sangre de los mejicanos en aquella contienda política. Comonfort que no podia manifestarse disgustado por aquellas observaciones hechas con el deseo mas sincero, las escuchó con afabilidad; y alentado Céspedes por esta, continuó pintando los sacrificios que los defensores del plan de Ayutla habian hecho ya en defensa de su principio, y añadiendo que sabia que él mismo habia consumido casi toda su fortuna en sostener aquel levantamiento. Al llegar á este punto, Gener tomó la palabra, diciendo «que tenia orden de poner á disposicion del gobernador de Acapulco la cantidad de cien mil pesos, para que cubriera los compromisos que en la empresa habia contrai-